

John Womack sobre historia e historiadores

Emilio Kouri

Profesor. Universidad de Chicago.

John Womack (Oklahoma, 1937), autor del ya célebre Zapata y la Revolución mexicana, es sin dudas uno de los más eminentes historiadores de América Latina en los Estados Unidos. Por más de treinta años ha estado a cargo de la principal cátedra de Historia Latinoamericana en la Universidad de Harvard. En esta entrevista, realizada el 15 de febrero de 2007 en Cambridge, Massachusetts, Womack reflexiona sobre los usos y abusos de la historia, sobre la relación entre Historia, nación y Estado, y sobre el estudio de la historia latinoamericana en los Estados Unidos.

Emilio Kouri: *¿Para qué sirve la Historia? ¿Para qué sirve el conocimiento histórico?*

John Womack: La respuesta clásica sería: para no repetir los errores del pasado. Y tiene razón el dicho, pero al tener más años yo, creo que una razón muy importante es llegar a saber cuándo las cosas cambian y realmente el pasado ya no sirve. El caso es que vivimos —para aprovechar una palabra muy vieja— la dialéctica del tiempo, y algunas veces el pasado sirve, o por lo menos sirve lo que sabemos del pasado, pero otras no, y lo importante de los estudios históricos es preparar al historiador y a sus estudiantes para entender cuándo

ha habido un cambio muy fuerte, cuándo ya las lecciones o las posibilidades del pasado no existen. Por ejemplo, en los Estados Unidos todavía hay muchos historiadores que parece que no entienden que el mundo cambia. Es curioso, porque estudian los cambios del pasado, pero no pueden reconocer su propio tiempo cuando puede haber cambios realmente profundos como en cualquier otro. Creo que hay muchos historiadores que no quieren reconocer que las posibilidades de los Estados Unidos ya no son las que eran, digamos, desde fines del siglo XIX hasta el final del XX. Esa época ya pasó, y no solo por el calendario: el mundo es diferente, el capital y las estructuras funcionan de manera diferente, en otras dimensiones y con otras posibilidades.

En cuanto a América Latina, todavía existen muchos historiadores como los hay en los Estados Unidos, que piensan que solo con quitar al presidente actual podemos regresar al mundo de los años 60 o, mejor, a los 30, al sueño de aquellos años. Historiadores progresistas piensan que prácticamente con un cambio ligero, podríamos volver a los buenos tiempos y eso me parece un sueño delirante.

Un historiador puede gritar mil veces contra el Tratado de Libre Comercio (TLC) como si lo pudiera abolir y regresar al México de 1982, una realidad condenada entonces por todo estudioso; pero se les olvida cuánto va cambiando su propia realidad. Muchas veces, historiadores excelentes entienden los cambios del pasado, sin reconocer que su propio tiempo también es histórico.

Creo que una buena lección de Historia —que probablemente solo los profesionales del oficio lleguen a entender— es que el tiempo actualmente sufre una serie de cambios, unos ligeros, pequeños, desviaciones de una línea; y otros realmente profundos, que no se pueden deshacer.

E. K.: *Hablando de América Latina en su conjunto, ¿cuáles serían algunos de esos grandes cambios históricos en los últimos cincuenta años que valdría la pena mencionar?*

J. W.: La Revolución cubana y, además, la conjunción de fuerzas, a principios de los 60, para que Cuba no tuviera que enfrentarse sola a los Estados Unidos. Ese fue un gran cambio para América Latina y hubo una serie de consecuencias muy fuertes, buenas y malas, según mi criterio, pero fue un viraje muy importante, un cambio profundo.

Otro ejemplo sin tantas consecuencias como las que tuvo la Revolución cubana, fue la desintegración del régimen mexicano, del Partido Revolucionario Institucional (PRI), o más bien, el priísmo. El sistema —que se había ido formando desde mediados de los 20, un corporativismo todavía más o menos improvisado en esos años, pero ya consciente a fines de los 30— siguió diferentes líneas políticas, pero perduró hasta los 80, y luego empezó a deshacerse. Esto tuvo efectos muy fuertes para toda la América; abrió posibilidades, de parte de los Estados Unidos, para influir aún más en América del Sur. A finales de los 80, en la época de Salinas, se produjo el último intento serio de reformar ese régimen desde dentro, para volver a hacer que México fuera un Estado más o menos efectivo, no tan fuerte como dicen muchos historiadores, pero sí más o menos un participante activo en la política general de América Latina. La desintegración, el derrumbe —y no por culpa, creo yo, de Salinas— del régimen independiente de México, desde 1995, ha sido otro cambio tremendo.

Pero más general es el comienzo de la nueva onda de globalización. El cambio internacional financiero-político, desde principios de los 70, cuando por el fracaso del arreglo financiero de posguerra (la Conferencia de Breton Woods, en 1944) y todas las consecuencias que han seguido desde entonces, han resultado un cambio muy profundo también en los

Estados Unidos, con muchos impactos para América Latina.

Otro caso a nivel mundial es el derrumbe de la Unión Soviética, que abrió algunas posibilidades, pero también cerró otras. Fue el fin de un gran Estado, de un gran poder, y tuvo un efecto muy importante en el subcontinente latinoamericano.

Volviendo a la cuestión de los historiadores de América Latina, un problema es la falta de capacidad para captar el entrelazamiento de los grandes cambios globales —financieros, políticos, etc.— y los de diversas partes del mundo, con los diferentes países latinoamericanos; es decir, la ausencia de una historia, por lo menos multinacional, de América Latina. Me gustaría, por ejemplo, si pudiera hacerlo, escribir una historia del capital en relación con la región, cómo la historia del capital desde la Segunda guerra mundial, ha cambiado su realidad, cómo ha cambiado la acumulación de capitales, cómo eso ha variado las estructuras, por cambios locales, dentro de América Latina.

E. K.: *¿Practican los historiadores alguna versión de la Historia nacional?, ¿cuáles son las ventajas y las desventajas, si es que hubiera algunas, de ese enfoque? Esto se explica, en parte, por las restricciones con las que se trabaja; pero, ¿qué se gana y qué se pierde con el enfoque nacional? ¿Sigue siendo relevante o lo es cada vez menos?*

J. W.: Hay ventajas y desventajas, y hay que llevar un balance, probablemente no de números rojos y negros todos los días, sino un avance según el período. Una ventaja es que una historia nacional es investigada y escrita por profesionales de oficio, informa a la inteligencia orgánica del país —de cualquier país— para la cuestión de educación de los jóvenes. Ellos deben aprender bien cuál es la historia del país donde viven, y cuál su cultura. Para empezar, hay que hacer esa historia bastante sencilla, poco a poco, y desde arriba, en el sentido del balance muy fino entre historiadores, comprometidos con la realidad, con la verdad histórica de esa cultura o de ese país. Desde ellos, otros pueden entender y practicar qué tanto se enseña a los niños. Una ventaja es que los seres humanos entienden su propia cultura. Y otra es tener una base para hacer dialogar, comparativamente, su propia historia con la de otros países, y para discutir con historiadores de otros países. Por ejemplo, yo creo que los especialistas en la historia de México, y en la de otros estados de América Latina, podrían aprender muchísimo al tomar algunas clases de los de Colombia. Es un país con mucha resonancia en ciertos aspectos, y grandes diferencias en otros. Sería bueno que, digamos, historiadores de Perú tomaran cursos sobre la historia de México, o de Brasil. Es un sueño ideal;

pero todos entenderían su propia historia mucho mejor al estudiar, en serio, la de otro lugar.

Las desventajas también son enormes, porque en la práctica, por falta de recursos, de visión, o cualquier otra razón, los especialistas solo trabajan en los archivos de su país, cuando más recurren a los de los Estados Unidos; muy pocos van a Inglaterra, tal vez a Francia. Concentran todas sus capacidades profesionales e intelectuales en una sola historia y no entienden nada del otro lado de la frontera. El problema es que un continente, o una región definida históricamente, como América Latina, constituye, primero, la parte mayor del imperio español, donde radica la Casa de Contratación de Sevilla o la Audiencia de Santo Domingo o la Capitanía de Guatemala. Todo eso está dentro de una monarquía compuesta, o sea, hecha por composición, como las haciendas en México o en otras partes. Por lo tanto, no se trata de estudiar cualquier jurisdicción del imperio —eclesiástica, fiscal, virreinal o militar— como si fuera una cuestión aislada; eso sería perder todo el sentido del tema. Entender la independencia solamente sobre la base de las luchas dentro del propio país, como muchos han presentado la historia de México, o la de Venezuela, es un error tremendo, porque eso sucede en medio de grandes guerras internacionales, de la Revolución francesa, las guerras napoleónicas, y todo el conflicto de posguerra entre Francia y Gran Bretaña, y con el nuevo poder, digamos, local: los Estados Unidos. Sin comprender esa lucha, que no es exterior, porque sus propios agentes están dentro de los países ex virreinos, no se comprende la historia de antes de 1810, ni la de la independencia. Pasando unos cincuenta años, ya entramos en la época de la formación del imperialismo, y esto no sucede en partes aisladas o desconectadas entre sí. El imperialismo es una relación, no solo entre una metrópoli y una parte subordinada, es un movimiento, una circulación de capitales, y no se entiende ni Londres, ni Nueva York, ni La Habana, ni México, ni Monterrey, ni otras partes, sin el resto. Es un sistema internacional y no se entiende pieza por pieza. La historia nacional tiene ventajas, y hay que seguirla estudiando y enseñando para que los niños aprendan la realidad de su propio entorno. Pero también existen desventajas que actualmente pesan más, por no estudiar y enseñar otra dimensión de la realidad, la historia internacional, el entorno mayor.

Este país [los Estados Unidos] es una maravilla de ignorancia. Ahora muchos piensan que Martín Luther King era un héroe de su época, aplaudido por todos, y que era un santo vivo. Pero no se dan cuenta que el propio gobierno abrigaba gente con intenciones de matarlo. Ahora todo el mundo cree que los Estados Unidos liberaron a Nelson Mandela de la cárcel, y liberaron a África del Sur, cuando lo cierto es que

estaban apoyando al régimen del apartheid en ese país. La falta de historia profesional sobre las realidades de la época deja a los niños ignorantes, y eso es un crimen.

E. K.: *Hablando de la historia nacional, creo que valdría la pena que comentaras sobre el papel del Estado en la historia de las naciones, en el fomento del estudio histórico, así como la relación entre Estado e historia nacional. También sobre las posibilidades del desarrollo de historias críticas, en el caso concreto de América Latina, donde históricamente han existido dificultades para el estudio profesional de la historia. Eso varía de país en país, pero creo que, en general, la profesión histórica carece del financiamiento, el apoyo, o la bendición, digamos, del Estado. ¿Eso es una gran barrera para el desarrollo de una historia crítica, o no?*

J. W.: Sí, exactamente. Aquí, en los Estados Unidos, el problema es que hay dos grandes dependencias, una muy local, porque el sistema de educación pública es por municipios y, en efecto, uno depende de las fuerzas vivas del distrito donde vive para medir los límites de lo que se puede enseñar. La otra dependencia es de las grandes empresas que fabrican libros de texto, y presionan a las legislaturas de los estados, y a las asociaciones profesionales, etc., para que compren sus libros. En América Latina, que yo sepa, todos los sistemas educativos públicos son del Estado; es decir, hay un sistema nacional del Ministerio de educación pública, y supongo que hay diferencias, modalidades, entre diversos estados, pero es un sistema nacional, y allí trabaja la gran mayoría de los historiadores profesionales, en universidades nacionales o públicas. Viven del presupuesto, o sea, del Estado, y es muy difícil. Existe una contradicción inevitable entre la historia científica, comprometida con la verdad, nada fácil de determinar. Cualquier historia verdadera tiene que ser siempre comprometida, pero a la vez tentativa, en el sentido de buscar la verdad. La historia seria, científica, tiene que ser crítica, y accesible para otros especialistas y, en cierto grado, al público. Aquí tenemos historiadores en el Instituto de Estudios Avanzados, en Princeton. Son excelentes, entre los mejores de cualquier parte, pero sus trabajos casi nadie del público los conoce, aunque tienen un efecto tremendo sobre los profesionales fuera del Instituto; más bien, tenían ese efecto, desgraciadamente ya no tanto. Una historia crítica en un sistema de educación pública, del Estado nacional, siempre ha de estar en conflicto, hasta cierto grado, y no digo conflicto necesariamente antagónico, aunque puede serlo también. Me parece que el papel, la misión, el oficio del historiador es hacer su historia, investigar y escribir para otros. El Estado tiene otros fines: defenderse de otros Estados que quieren perjudicarlo, defenderse contra mil problemas, y además, mantener cierto nivel de seguridad interna. Hay Estados que me parecen asquerosos, y otros

admirables, pero cualquiera de ellos va a tener su propia necesidad, que no es la de sus historiadores. Yo no veo la manera de esquivar esa contradicción, no puede haber armonía, quizás por suerte, pues tienen diferentes objetivos, diferentes líneas que seguir. Pero un historiador, si está comprometido con su historia, aunque vaya a la cárcel, tiene que continuar haciendo su trabajo histórico. Hay gobiernos que se han caído por sus malos tratos con los que buscan verdades. No entiendo cómo un Estado puede encarcelar a un historiador que está honestamente haciendo su trabajo, aunque tenga visiones diferentes. Claro que existen Estados terribles y hay que condenarlos, otros tienen, a veces, buenas razones para cortar una línea de trabajo: «esta verdad no la podemos admitir por el momento», porque al admitirla, sería, de hecho, promoverla por política, lo cual podría ser muy destructivo para la verdad misma. Cualquier comunidad, cualquier movimiento, tiene que cerrar filas en ciertos momentos de sumo peligro, pero siempre hay que distinguir si es peligro en serio, o solo un invento para justificar el cierre del asunto. Son conflictos inevitables. En esta vida no hay soluciones ni armonías fáciles.

E. K.: *Si entiendo bien, el historiador, en general, y en América Latina en particular, casi siempre depende del patrocinio del Estado, pero su misión es fundamentalmente diferente.*

J. W.: Exactamente, tiene que serlo. Si es historiador de profesión, y comprometido, su misión es diferente, su oficio no es participar en el dominio.

E. K.: *O sea, el Estado le pide, de una forma o de otra, historias que legitimen ciertas cosas, y al historiador le corresponde otro tipo de visión, por lo que el conflicto es frecuentemente inevitable.*

J. W.: Así es.

E. K.: *¿Y a pesar de esas limitaciones y esos conflictos, prospera una historia crítica en América Latina, o con frecuencia tiende a replegarse a los intereses del Estado?*

J. W.: Muchas veces, en efecto, los historiadores se han rendido al Estado, o peor, le rinden servicios directamente solo para subir en el escalafón propio. Aquí lo hacen también, más que al Estado, a aquellos que en realidad mandan. En América Latina existen diferentes Estados, hay unos que realmente son la mano dura, la mano oficial de empresas privadas; aquí normalmente la empresa privada no necesita la mano dura, funciona sencillamente sin tales presupuestos. Por ejemplo, antes, la publicación de obras científicas era responsabilidad de editoriales universitarias; en los últimos veinte, treinta años, ya que las universidades, privadas y estatales, siempre son más y más corporatizadas, cualquier departamento o división de la universidad, tiene que mostrar sus números en rojo y

negro, por lo menos una vez al mes; entonces si la casa editorial universitaria no gana dinero, tiene que dejar de publicar libros científicos, y publicar biografías o cosas de valor comercial, y muy poco valor científico, así es que aquí también hay mano, pero más suave e indirecta. Quisiera enfatizar un punto sobre este fenómeno en América Latina. Los historiadores más recientes piensan que los Estados en América Latina siempre han sido muy fuertes, y que todavía lo son; yo diría que no, que históricamente, sobre todo desde fines del siglo XIX, han sido relativamente débiles, en comparación, por ejemplo, con los Estados Unidos o con Europa, pero tienen fuerzas policíacas muy duras, y ejércitos para matar a su propia gente. Sin embargo, en cuanto a seguir políticas contra los grandes intereses privados del exterior, o del interior, o ambos entrelazados, como casi siempre están, son relativamente muy débiles. Un Estado débil vive de un mes al otro, su estabilidad política siempre está en peligro de presiones externas y de movidas internas, de grandes intereses privados. Ese Estado, obviamente, siempre está al margen de una crisis política, sobre todo en momentos de elecciones, entonces quiere una legitimación, una justificación por parte de los intelectuales más públicos, y siempre hay varios que se prestan a la publicidad para justificar sus políticas o el fin de las políticas. Hay historiadores que se ofrecen a eso, y a mi parecer, unos lo hacen para ganarse la vida, y otros son funcionarios disfrazados del régimen que ya han perdido el compromiso con la historia misma. En lugar de seguir el credo del historiador, adoptan el oficial del Estado para pintar la historia. A veces ni la conocen, pero siguen las que eran útiles para el Estado en el pasado, así es que hay mucha historia puramente patriótica, de gente que son sinceros en su trabajo, pero hay otros que sí la saben mejor, pero para quedar bien, para mostrarse brillantes, por cualquier motivo personal. Puede haber otros grandes historiadores que también por motivos de Estado, según ellos, se prestan a esas justificaciones, pierden su propio oficio para hacerse políticos y, en ese caso, tendrán que pagar en el otro mundo —que es el recuerdo que los otros historiadores van a tener de ellos— haber dejado su oficio para iniciarse en lo que, según ellos, era la gran política.

E. K.: *Hemos venido hablando del estudio de la historia nacional, de sus problemas y límites en América Latina, pero en tu caso, como en el de tantos otros, le has dedicado buena parte de tu vida al estudio de América Latina desde este país. Quizás podríamos hablar un poco sobre esa historia, el estudio histórico de América Latina en los Estados Unidos. ¿A qué responde, cómo se desarrolla, qué papel pueden tener, o tienen, los historiadores de los Estados Unidos en la historia, o para la historia, de América Latina?*

Cualquier historia verdadera tiene que ser siempre comprometida, pero tentativa también, en el sentido de buscar la verdad. Pero entonces la historia sería, científica, tiene que ser crítica, y tiene que estar accesible para otros historiadores y, en cierto grado, al público.

J. W.: Es una historia muy complicada y bastante reciente. Realmente se produce en dos tiempos. Empezó, más o menos, cuando la Guerra hispano-cubano-americana, en Texas, en California, por su pasado hispano; pero también en Harvard. El primer curso, que se llamó Historia de América Latina, lo dictó, en 1913, un historiador de España, siendo asistente, supongo que lo obligaron a dar una clase sobre América Latina. El segundo curso, un año o dos después, se llamaba La historia comercial de América Latina, muy interesante para mí. Así la historia de esta región, enseñada, investigada y escrita por profesionales norteamericanos, empieza en plena época del imperialismo. Pero se estudiaba el período virreinal, por el acceso a los archivos de Sevilla y de otras partes; porque los archivos nacionales no estaban en buenas condiciones en los años 20, 30, 40, para hacer esa clase de trabajo de investigación. Además eran poquísimos los historiadores; Harvard, por ejemplo, tenía uno solo. Yo creo que en las mejores universidades del país, Berkeley, Chicago, solo había uno; pero luego, cuando triunfó la Revolución cubana, entonces hubo mucho dinero destinado a preparar nuevos expertos en estudios latinoamericanos, incluso para apoyar estudios históricos de América Latina. Otros habían trabajado sobre la época postindependencia, de diferentes países, pero todavía eran muy pocos, entre ellos estaba yo. Casi toda la generación de los 60 ya se ha jubilado o pronto lo va a hacer. Pero desde más o menos los 70, cuando los primeros nuevos doctores en historia de América Latina empezaron a dar clases, ha habido una expansión tremenda de puestos, cátedras, profesores asistentes, etc. La cultura de esa parte de la profesión, de los «latinoamericanólogos», es muy especial. Ha habido muy pocos conservadores, gente que tomaba la historia del catolicismo en serio; pero sin teología de liberación, muy pocos. La norma era una juventud historiadora, experta en la historia de América Latina, si no del todo roja, por lo menos rosada, porque muchos habían entrado en este ramo de estudios por simpatías con Cuba, o con otros movimientos revolucionarios. Pensaban como jóvenes afectados por los movimientos sociales de aquí en los años 60 contra la guerra, a favor de los derechos de los negros, etcétera.

Se involucraron en estudios de América Latina pensando que allí iban a encontrar la revolución, que seguramente se produciría una más en otra parte. Había todo un optimismo de la izquierda intelectual, no muy preparada teóricamente, sin experiencia en luchas serias, pero era un izquierdismo, diríamos, vicario, de simpatías con esos movimientos. Se trataba de gente joven, progresista, se diría ahora. Todos habían leído a Gramsci, pero más bien al no comunista, al filósofo. No era un comunista encarcelado en Italia y muriéndose allí, sino un tipo de gabinete pensando sobre la hegemonía futura, los subalternos, etcétera.

Luego, de repente, por los años 80 y los 90, esos jóvenes —ya profesores, catedráticos, dando las mismas lecciones a sus propios estudiantes— vieron que se cae la Unión Soviética, y Cuba entra en grandes problemas. Muchos dejaron la política pública y pensaron: «mejor disfrazamos nuestra política, vamos a aprovechar otras palabras, como los nuevos estudios críticos de literatura, para hacernos posmodernistas», pero no tenían tampoco la preparación para entender los conceptos detrás del vocabulario, entonces solo adoptaron el vocabulario para hacer historias. Al final, se contentaron con una historia imaginada.

Ahora tenemos el caso de muchos jóvenes historiadores que, por ejemplo, no tienen la menor idea de qué fue el Frente Popular de los años 30, ni la Falange en España, ni en Chile, o qué era el sinarquismo de México, un movimiento muy fuerte y muy popular, a cuyas actitudes y discurso en relación con el Estado deben mucho, sin darse cuenta, los liberacionistas teológicos de los años 70 y los 80.

Ha habido, entre los historiadores norteamericanos de América Latina, demasiada historia deseada, en lugar de la que realmente ocurría. Hay estudios muy buenos —por ejemplo, sobre México—, excelentes dentro de sus límites, de jóvenes, en su época jóvenes, muy inteligentes, pero no aparece nada de lo que realmente era la base popular de determinado movimiento, ni el papel de la Iglesia o de otras fuerzas sociales. Ha habido una historia de mucho olvido y mucha añoranza.

E. K.: *Si entiendo bien, se puede hablar de un auge de la historiografía latinoamericanista en los Estados Unidos, pero que se explica dentro de un entorno propio muy particular.*

J. W.: Exacto.

E. K.: *Y por tanto, ¿crees que el impacto que ha tenido en la historiografía de América Latina es limitado? ¿Los historiadores de los Estados Unidos, a pesar de su número y del auge que ha habido, no han contribuido significativamente a eso?*

J. W.: Ha habido historiadores norteamericanos muy buenos, que sí han seguido una historia verdadera de los problemas más terribles, por ejemplo, de Colombia moderna. Creo que ellos han participado en una historiografía nueva y crítica de Colombia. Sobre México también me parece que ha habido historiadores de los Estados Unidos que sí han tenido un buen papel como participantes en la formación de la nueva historiografía del México moderno. Pero en cambio, muchos andan con delirios. Son gente razonable, inteligentes, pero andan perdidos, inventando historias y olvidando la real. Sobre los Andes, aparte de Colombia, también ha habido buenos, pero otros, realmente, no lo parecen.

E. K.: *¿Ha tenido esa producción histórica algún impacto fuerte —más allá de las excepciones— en la profesión histórica latinoamericana, o son caminos paralelos?*

J. W.: Creo que sí tiene impacto. Por ejemplo, toda aquella confusión que andan repartiendo ellos, del subalternismo, o de hegemonía cultural, etc., o lo que ahora se llama «la Agencia», o para indicar otro tema, varios han entrado en la cuestión de razas, o de racismos, o la historia de la población de ascendencia africana, tópico riquísimo en países como Cuba o Brasil, pero también en Colombia, Venezuela, Perú. El Cristo morado de Octubre, de Lima, es un tipo tremendo, pero aquellos historiadores, lo que hablan es de subalternos. Dicen que son afroperuanos, afrocolombianos, afromexicanos o afrocubanos, trasladando lo de afronorteamericanos. Llevan conceptos o categorías razonables, pero muchas veces ni siquiera tienen sentido aquí: son razonables en ciertas partes, en ciertos momentos, podrían tener razón en países de América Latina, pero, en general, el concepto está chueco, y deja más confusión que claridad. Creo que no son caminos paralelos, los de aquí van invitando gente de allá, o ellos mismos arreglan simposios, o conferencias, o imparten clases en América Latina; además, controlan, más o menos, las revistas profesionales. Y muchos jóvenes en América Latina dan por sentado que el concepto «subalterno» es un nuevo término científico y no hay que examinarlo, sino creer en él, tomarlo por dado, así sin examinar ni analizar qué quiere decir, y si vale la pena. En ese sentido, yo considero que la nueva historiografía latinoamericanista, en los Estados Unidos tiene una influencia directa allá, menos en el cono sur, porque ellos tienen su propia relación con la

historiografía de Europa, pero hay jóvenes argentinos que también se orientan por el Gramsci posmodernista.

E. K.: *Si las generaciones de los años 60 en adelante, cuando comienza el auge, el flujo de recursos para el estudio de América Latina en los Estados Unidos, resultan en su mayoría críticas, de alguna forma, con respecto a las políticas de este país en el subcontinente, ya sea en el caso cubano, el chileno o, más adelante, Centroamérica, ¿por qué continúa el auge y el apoyo del gobierno a la investigación, tomando en cuenta nuestra discusión anterior sobre la relación entre la historia y el Estado, sobre la asignación de recursos para la investigación? ¿Por qué continúa el auge del estudio de Latinoamérica en los Estados Unidos, si en general lo que se produce no es particularmente favorable, con excepciones, a las visiones oficialistas del gobierno de Washington?*

J. W.: La mayor parte de los jóvenes han sido críticos, más que nada, de los Estados y de las políticas latinoamericanas. No muchos estudian el imperialismo, que solo es parte del Estado, y este es más bien una función de los intereses del capital. Es muy difícil motivarlos a cuestiones relacionadas con el imperialismo; si lo tratan, lo consideran como dependencia de metrópolis-colonia, etc., que realmente no llega al fondo de la cuestión, que es el capital, según creo, y no solo yo. Siguen siendo críticos de las políticas de los Estados Unidos, pero sin interesarse en las movidas del capital; están listos para condenar las políticas del gobierno que, según mi criterio, deben ser criticadas, y muy duro, pero no buscan a qué se deben, ¿por malos presidentes o por los intereses que manejan la vida pública y esas políticas tan destructivas, tanto para los Estados Unidos como para América Latina?

Yo diría que la persistencia en las investigaciones sobre América Latina, se debe, en parte, al aumento de la población hispana en varios estados; por ejemplo, en California e Illinois hay mucha demanda, por parte de los jóvenes, de esos estudios. Existe una clase trabajadora que en los últimos veinte años, con la expansión de las universidades y de las escuelas públicas, que tiene hijos que pueden subir a los niveles altos de estudio y, más que antes, quieren estudiar a sus antepasados. Esa tendencia es una razón cultural para justificar el presupuesto. Pero también las universidades aquí tienen un papel extraño; los estudiantes son mucho menos rebeldes que antes, o por lo menos mantienen su rebeldía *in petto*, y entonces dar clases sobre América Latina es, según los que dirigen la Universidad, abrir la mentalidad estudiantil al gran mundo global. Es como para entrenarlos. Por lo menos en Harvard, y me imagino que en Stanford, tal vez en Chicago, Yale, etc., esos jóvenes serán los líderes de la próxima generación, y deben estar preparados para manejar el mundo, entonces es conveniente que tengan cierto conocimiento de Tailandia o de Indonesia, o de América Latina, para

prepararlos mejor para manejar el mundo del capital. En ese sentido, el latinoamericanismo que todavía sigue siendo promovido en diferentes departamentos es, en buena parte, una cuestión de lo que aquí se llama diversidad, pero es para entrenar mejor una nueva clase política, directiva, para el imperialismo del siglo XXI. También por eso quieren más estudiantes en estudios sobre Medio Oriente, China, etc., para dirigir el futuro de otros, aunque creo que eso no va a funcionar.

E. K.: *Entonces, de la misma manera que hay un interés, por varias razones, en los Estados Unidos, en que los jóvenes aprendan sobre América Latina y demás, imagino que se podría decir que es importante —quizás hoy más que nunca— que en América Latina se conozca más y mejor sobre la historia de los Estados Unidos, su política, su economía. Sabemos las dificultades —económicas, estructurales, burocráticas— que existen para que se realicen investigaciones en la mayoría de los países latinoamericanos sobre la historia de los Estados Unidos, que les afecta directamente. ¿Adónde se tornan entonces los jóvenes o los historiadores latinoamericanos? ¿Existe una literatura aquí, o es parte del problema?*

J. W.: Más bien existe en una parte, relativamente pequeña, de los nuevos historiadores de los Estados Unidos, pero creo que lo mejor es de la generación

que ya va envejeciendo. Gar Alperovitz y Gabriel Kolko pertenecían a la generación crítica, que ya no está de moda. La mayoría de los nuevos historiadores no hablan otro idioma, no son estudiantes de historia, sino de estudios norteamericanos, *American Studies*, y tienen una visión muy limitada del país, porque lo entienden solo en sus propios términos, como si fuera una historia nacional y nada más. Para que los jóvenes historiadores de América Latina aprendan algo serio de cómo es la historia de los Estados Unidos y cómo se explican en la actualidad los grandes cambios de los últimos años, creo que deben tener mucho cuidado con la historiografía que van a leer, porque es una historia inventada. De la historia real, hay buena historiografía norteamericana, y crítica, pero se requiere un análisis muy serio para encontrarla.

© TEMAS, 2008